

El libro está dividido en dos secciones: una la integran aquellos cuentos escritos entre 1972 y 1978; la otra, los creados en 1979 y 1980. Si se tuviese que escoger entre las dos partes, los primeros son más atractivos, seducen más al lector, tienen más maquillaje.

Entre los relatos más logrados, está el que da nombre al libro, *El cuarto bate*. En él encanta la fluidez del relato en primera persona, la recreación perfecta del medio donde se mueve el personaje, y la caída final, el cierre de la narración, la ironía amarga de la derrota presentada con la suficiente dosis de humor para hacerla más dura, más duradera.

Es también muy destacable el cuento *La noche memorable*. En él hay un acercamiento directo a la infancia, a los sueños del cine, las primeras manifestaciones de la sexualidad. Y, por encima de todo ello, el retrato de la identificación de los espectadores con los personajes de las cintas cinematográficas, el artificio sobreponiéndose a lo real.

[...] y yo le dije que no me gustó la película no me llores más al cine porque no quiero verte llorar y me abrazó fuerte y me besó y sentí sus lágrimas calientes en mi cara y le dije mamá mamá y se me empañaron los ojos y lloramos juntos porque comprendí que ella iba a seguir llorando aunque no volviéramos a cine (pág. 20).

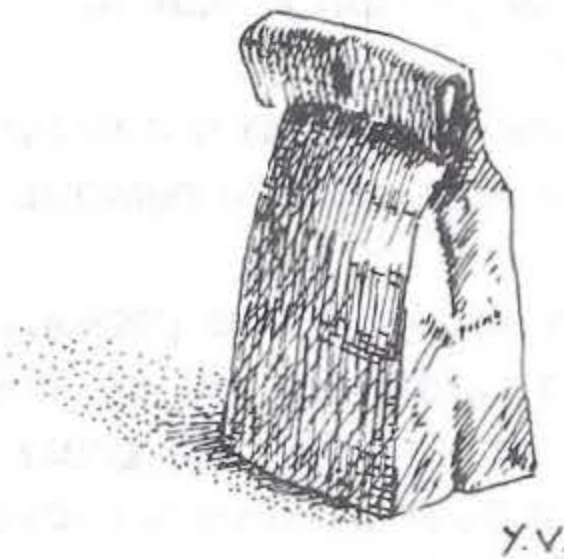
Los personajes de Montes Mathieu se adhieren a las particularidades de su región, rechazan lo extraño nacional, la gente andina, la música del interior. Quienes no pertenecen a su medio son mirados con desprecio, con sorna. En varios de sus cuentos, los malos de la película no son costños, como si el subconsciente colectivo se manifestase también en el mundo ficticio.

El narrador demuestra madurez en el manejo del idioma; una prosa ágil, viva, sin baches que entorpezcan el estilo o disminuyan la claridad. Pero, simultáneamente, en algunos cuentos, la técnica narrativa se re-

siente ante desarrollos demasiado obvios, historias sin atractivo, anodinas: *La guaca*, *A veces la vida me hace sentir como un muerto*, *Y verás lo que nunca has visto*. Narraciones que se resienten por falta de elaboración artística, pues cuando el relato deviene crónica se pierde el horizonte estético.

El libro *El cuarto bate* muestra un narrador maduro de quien puede esperarse, con mucha seguridad, que aportará obras sustantivas a la literatura nacional. Estas narraciones son revelación de sus posibilidades y hacen aguardar con confianza y expectativa sus próximas obras.

CLÍMACO PÉREZ



Una recopilación de relatos

Karanau: relatos breves y crónicas
Raúl Loyo Rojas
Colcultura, Colección Autores Nacionales, tercera serie, núm. 1, Bogotá, 1985, 152 págs.

Karanau es el nombre de un ser mítico entre los indígenas guahíbos en los llanos colombianos y venezolanos. Su característica es producir las tolvaneras, o sea el viento rasante que sopla imprevistamente las sabanas levantando polvaredas. Los relatos que comprende la obra de Raúl Loyo Rojas (1904-1965) son iguales: superficiales, desligados entre sí, bastante heterogéneos. Sin embargo, de vez en cuando muestran algo de esa tierra llanera en aspectos nuevos e interesantes.

El autor da en la obra una explicación del origen de esta recopilación de relatos deshilados: se trataría de

una recuperación de la tradición oral. Generalmente son relatos que Loyo clasifica como folclóricos recordándonos esa visión de Robert Redfield con los abandonados planteamientos antropológicos de la *folk culture* de los años cuarenta. El autor en ningún momento habla de una tradición llanera; simplemente se limita, como ya lo indica un subtítulo, a "El llano: su gente [...] su folclor" observados desde fuera, pese a su pretendida actitud participativa.

La obra está dividida en dos partes: *Páginas de historia y relatos, crónicas y folclor*, entre las cuales no existe, empero, una división real. Así, por ejemplo, en la segunda parte se encuentran varias crónicas históricas que debían estar integradas a la primera parte; es el caso de *Recado sobre alma llanera* (págs. 141-145). Los relatos o crónicas que componen *Karanau* podrían haber sido ordenados temáticamente sin afectar para nada el conjunto de la obra. Por el contrario, ello facilitaría en mucho la comprensión del lector, haciendo más ágil y agradable la lectura.

Las crónicas históricas de Raúl Loyo Rojas se caracterizan por ser muy elementales, y aun diría que irrelevantes. Que si tal o cual hacienda quedaba en este u otro sitio, que si fue fundada en ese o en aquel año, etc. A tales preguntas busca responder el autor recurriendo siempre a largas citas textuales de algunos libros de historia. Las crónicas de Loyo se caracterizan, más aún, por lo repetitivo y monótono de sus comienzos y desarrollo, al utilizar siempre una misma estructura narrativa. De los nueve textos aglutinados arbitrariamente en la primera parte solo resultan interesantes los dos últimos relatos: *Barroso, el profanador* y *Los indios desollados de Fundador*. El primero, por las características de cuento basado en hechos históricos; el último, por ser un cruel relato de las relaciones interétnicas de los chiricoas y el llanero, que revelan sucesos trágicos como los de La Rubiera en 1966, al mostrarse la deplorable práctica del genocidio. En un relato posterior, intitulado *La matanza de*

Camoruco, se retoma otro suceso de análogas características.

De la segunda parte, los cuatro primeros relatos tienen como común denominador personajes ajenos a la organización social y política indígena que llegan a integrarse a ésta (págs. 49-57) y que hacen recordar el caso, descrito por fray Pedro Simón, de un soldado llamado Francisco Martín, quien tras formar parte de la expedición de Ambrosio Alfinger (¿1530-1533?) se integró a la vida de los aborígenes.

En otro grupo de relatos, centrados en la celebración de las festividades religiosas en los llanos, se mantiene siempre un tono bastante superficial. En ellos se alude a la semana santa, a la nochebuena, a algunos bailes y, por supuesto, al coleo en Arauca, en forma de remembranzas.

El siguiente grupo consiste en una trilogía de mitos indígenas, a la manera de simples cuentos, el primero de los cuales da título a la obra. El segundo, *El salvaje de Cutufi*, es una versión llanera del difundido mito de un ser similar al hombre y al simio, es llamado Boráro entre los tucanos del Vaupés. El último mito —que, aunque el autor no lo dice, es de procedencia netamente indígena— trata sobre el origen de la garza morena.

La serie final refleja apreciaciones del autor sobre Arauca y algunos aspectos propios del llano, a los cuales califica de exóticos.

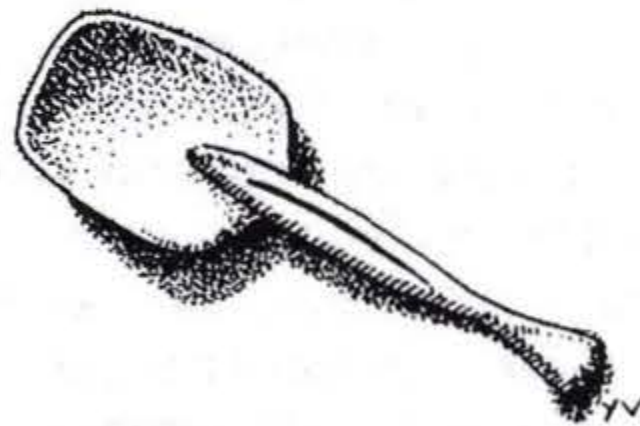
En *El llano exótico y exuberante* expone el tema de un movimiento mesiánico que prosperó en la década de 1920 (págs. 109-110), y que reaparece posteriormente en otro relato (págs. 134-135).

Algunas de las últimas narraciones se disipan en vacuas sugerencias acerca de la gente del llano o en comentarios "señoreros" en torno a si los personajes de Doña Bárbara, novela de Rómulo Gallegos, son reales o producto de la imaginación del escritor. En medio de esa mezcla de anécdotas y sucesos históricos, uno de los textos más interesantes y que escapan a una ligera descripción se llama *El ocaso de una tribu*. En él

Raúl Loyo Rojas se plantea el proceso de aculturación de un grupo indígena, cuya trayectoria histórica relata de manera más concienzuda. Quizá uno de los trabajos más bellos sea *María Laya*. Su estilo, bastante elaborado, difiere del de todos los demás relatos.

Se podría decir, considerando la obra en conjunto, que *Karanau* son páginas al viento en un mundo de lectores muy selectivos.

AUGUSTO OYUELA CAYCEDO



De paso: la lucidez ante el espejo

De paso

Varios autores

Editorial Lealon, Medellín, 1985,
154 págs.

¿Digno fracaso?, se preguntan los autores en el comentario de la cubierta. Pero no cabe pensar en fracaso. Les preocupa la variedad del libro. Pero ella misma resulta atrayente. Una reflexión incisiva sobre la literatura y la crítica colombianas al lado de crónicas sobre motivos cotidianos; vivencias y memorias de la música popular junto a obsesiones por los desnudos.

Los textos de *De paso* recogen obsesiones y preocupaciones que nos atañen. Además, la variedad da un encanto particular al libro. Nuestro mundo moderno es escrutado en diversos lugares, desde distintos puntos de vista. Con la inteligencia y con la sensibilidad. La variedad le da al libro el encanto de lo fragmentario, de lo inacabado. Como nuestro mundo.

El libro no tiene sólo la gracia de la variedad. Una buena prosa permite volver con intensidad a las per-

sonas que nos encontramos diariamente. *El tío Miguel*, de Víctor Gaviria, amante espontáneo de aquella poesía que educa los sentidos. La vejez sola e implacable de algunos personajes de Iván Hernández. Elkin Restrepo y su sabiduría de pájaros. O estas sirvientas sin rostro, de Elkin Obregón:

¿De qué hablarán las sirvientas (hoy muchachas del servicio) en sus días libres? Las sirvientas, cuando no viven bajo el techo de algún señorito avieso, son criaturas un poco inexistentes, sin sexo ni aspecto definido. Van por ahí, cargando tazas, barriendo, lavando. Pelan papas, contestan el teléfono, dan de pronto algún recado necesario. Son como sombras que ignoramos, y que nos molestan cuando de algún modo intentan mostrarnos un rostro propio.

El libro también se empeña en una reflexión sincera y valiente. Conduce una reflexión necesaria para la cual no habíamos tenido ni tiempo, ni guía, ni enjundia. Con ideas precisas, irreverentes, lúcidas. En el texto *El hombre, la mujer, la cámara* interroga a Elkin Obregón:

Se dirá también: ¿No es este el famoso caso de la mujer objeto? Claro. Ésta que la cámara persigue y delata es la mujer en cuanto objeto. Nadie habla de retratar una mujer desnuda: se habla siempre de un desnudo femenino. No es la mujer, sino el objeto en ella la imagen buscada a través del obturador. ¿Degradación? No lo creo, y quien mejor lo sabe es una mujer.

El ensayo de Jaime Alberto Vélez rastrea las incongruencias y los lugares comunes que plagan la literatura colombiana:

Ahora bien, con respecto al número excesivo de literatos colombianos que aparecen en todas las antologías de poesía, éste puede ser más un síntoma de mediocri-